



Una vibrante luz desarbolada

Vagabundo, ambulante, sin domicilio cierto; que anda de una parte a otra sin tener asiento fijo. Esas son las acepciones de la palabra “errático” según el Casares. Y “El errático” es el título de un poemario de Eduardo Apodaca. Siempre pensé en Eduardo como una especie de Holderlin contemporáneo y suburbial; ese Holderlin desasido ya de las penurias existenciales y de los avatares históricos a los que con tanto entusiasmo se había entregado; un Holderlin finalmente desengañado, viviendo en la buhardilla del humilde ebanista Zimmer y escribiendo esos poderosos e intemporales “Poemas de la locura”.

El Neckar fue para Holderlin lo que el Nervión para Eduardo: el eje que articulaba sus pasos, sus paseos. Tanto los del uno por los campos que rodeaban Tubinga como los del otro por Bilbao y su extrarradio son exactas derivas situacionistas *avant-la-lettre*. Paseos sin tiempo y sin rumbo, libres de toda circunstancia utilitaria, al albur del momento, del azar, del deseo fugaz. La cercanía entre los poemas de Eduardo y los poemas de la locura de Holderlin es evidente. La locura. La locura, ese saco conceptual y apestado en el que metemos todos los comportamientos que se salen de la norma, que desbordan esta estrecha normalidad nuestra hecha de rendiciones, de renunciaciones, de pequeños o grandes fracasos que nos empeñamos en convertir en logros y en victorias.

En contra de lo que hoy es correcto pensar, yo sigo manteniendo una concepción romántica de la poesía y del poeta. No. El poeta, el de verdad, no es un tipo normal y corriente con un trabajo de ocho horas y familia y segunda residencia y monovolumen y fondo de pensiones y bien considerado en el mundillo literario-cultural de su ciudad, en el que ha pugnado por colocarse. No. El poeta es más bien un desarrapado, alguien sin oficio ni beneficio, un ingenuo, un desprendido. No puede ser de otra forma.

Por eso Eduardo siempre fue para mí la viva imagen del poeta. Por eso me gustaba encontrármelo, al azar, por las calles de Bilbao: por el Casco Viejo o por el Arenal o por el Parque o por los Jardines de la vieja Casa de Misericordia o por Olabeaga o por...; por eso prometíamos siempre llamarnos para charlar más despacio, y por eso casi siempre incumplíamos esa promesa y seguíamos dejando al azar nuestros encuentros.

Decía antes eso de sin oficio ni beneficio, y en efecto así es, porque el oficio de Eduardo no era otro, claro, que la poesía, y ese es un oficio con muy escasos beneficios -y no me refiero ahora al económico, sino al vital- un oficio más bien que implica siempre, cuando es de verdad, pérdida. En el poema “Poesía” ese gran poeta que fue Francisco Pino -y cuya admiración compartíamos Eduardo y yo- escribió: “Me expulsó de la luz de amanecida / Pero fue el lazarillo de este ciego”. La poesía guió siempre los pasos de Eduardo, fue sin duda su lazarillo, el móvil de su vida, su verdadero trabajo, su oficio, un oficio exigente como pocos y a cuya altura Eduardo siempre pugnó consigo mismo por estar. Porque el poeta, cuanto más puro, más manchado por las ofensas de la perra vida. Viajero de las sombras en tránsito siempre por las propias simas, por los aristados perfiles de las palabras. Las palabras precisas, las palabras justas, las necesarias palabras.

La poesía de Eduardo es una poesía conceptista, y es también una poesía con una conciencia esencial de la materialidad de la palabra, de su sensualidad, de su forma y de su sonido, de su música; es por eso una poesía sólida y aérea

a un tiempo. “Música: idioma más rotundo y claro / que la vida, lenguaje que más tarde / habría deseado traducir / a mi manera, en los descansos del placer. / Un despiste, un sopor de sueño, ideal / para mi cuerpo, es lo que queda en mí / de aquella algarabía de gorriones, / dialecto que por fin entró en mi mente / con más oscuridad, mayor potencia / que las lecciones rancias de los frailes”, escribió Eduardo.

“La poesía busca suplantar el orden cotidiano”, escribió también, cubrir la desolación del mundo, esas humillantes lecciones de la vida que van minando hasta romperla la alegría de vivir: la murria cotidiana. Porque lo demás es silencio. Y el poeta no puede sino ser un naufrago. Alguien que sabe que la indecible belleza habita sólo en lo perdido, en lo roto, en lo fugaz, en lo mudable, en la luz inasible. Y es que todo viaje es un viaje hacia la muerte. Todos estamos muriendo de algún modo.

Pienso ahora que en los ojos de Eduardo siempre hubo una vibrante luz desarbolada. Vuelvo a leer el poema del que toma el título el último de sus libros, un largo poema en el que habla de los murciélagos: “Sus ojos diminutos me tocaron / con una luz sin mundo las entrañas”, escribe, y luego: “Les dolía no ansiar despezarse”. Y creo que ahora lo entiendo.

Pero para terminar prefiero recordar aquellos otros versos, la embriaguez de una vida apurada hasta las heces, porque sin ella, sin la embriaguez, no hay, no puede haber, auténtica lucidez; y sí, a Holderlin también le gustaba demasiado la cerveza. “Y presiento los lindes de la vida, de un sueño; / y busco el oro antiguo, la espuma rebosante / de la cerveza, estar mezclado entre los negros / contentos y las chicas de vaqueros muy cortos”. A tu salud, Eduardo. Porque, como ha escrito en un poema Roberto Bolaño, la sabiduría consiste en mantener los ojos abiertos durante la caída.

